

resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso. ¿Se habría desarraigado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de España se hubiese prestado á las modificaciones que le proponían? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestación del gabinete español á las notas de los aliados hubiera sido menos altiva ó menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba, y cien mil bayonetas vinieron á responder al arrogante reto.

Suecumbió, pues, por segunda vez la libertad en España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieron de cuna. Pero en 1814 había bastado á ahogarla un simple decreto del rey: en 1823, fué necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¿Destino poco feliz, y misión nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleon habían venido á arrebatar á España su independencia; las armas de Luis XVIII vinieron á arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolución y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos é irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la majestad; pero tampoco hallamos modo de justificar ó la inconsecuencia ó la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.º de agosto en la ciudad española rebosaba el mas encendido liberalismo, como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista mas apasionado. El 30 de setiembre ofrecía á los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.º de octubre se proclamó otra vez rey absoluto, y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que espiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4 de mayo de 1814 se reprodujo en 1.º de octubre de 1823 con augurios aun mas siniestros.

Porque la reacción se ostentó implacable y espantosa. Había mas resentimientos que vengar, y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas, que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarrevolución tan bárbaramente desbordada. El mismo príncipe generalísimo quiso templar aquel furor salvaje dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas, y so pretexto de que usurpaba la soberanía del rey ahogaron la única voz de compasión y de filantropía que se atrevía á levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad extraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dió abundante tarea á los verdugos. Declaróse una guerra de exterminio contra la raza liberal, como contra una raza maldita. La expiación alcanzaba á todo lo mas espigado de la sociedad. El mas feliz era el que lograba ganar una frontera, ó entregarse á la aventura á los mares. Parecía que la humanidad había retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisición, por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con instancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones; pero merced á la Santa Alianza misma, merced principalmente á la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó á ello. Hubo, no obstante, dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó á ejecutarse un auto de fe. El gobierno no le había autorizado, pero no lo castigó. Á falta de inquisición religiosa se discurrió una inquisición política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse á purificación hasta á las mujeres que tenían opción á pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesion, y los lidiadores de toros tenían que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habían de ser habilitados

para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policía se hallaba anotada una miserable mujer septuagenaria, hija y esposa de labradores, que no sabia leer ni escribir, y que había sido calificada con la nota de «mujer de mucha influencia por su fortuna; adicta al sistema constitucional; masona, y patriota exaltada sin comparación.» No há muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la *Gaceta de Madrid* de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de edad de cincuenta y cinco años, natural de Córdoba y vecino de esta corte, de oficio zapatero; Justo Damian, Joaquin del Canto, María de la Soledad Mancera, Dolores de la Torre, Ramon Fernandez, Antonio Fernandez, Francisco Susanaga, Roque Mirar (prófugo), Juan de la Torre y María del Cármen de la Torre: resultando estos procesados hallarse confesos y convictos del delito de tener en su casa colgado á la vista el retrato del rebelde Riego, y conservado el nefando folleto de la Constitución: vista la causa en 24 de setiembre último, ha sido condenado el Francisco á llevar pendiente del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta corte, para que presencia la quema pública del mismo retrato por mano del verdugo, y que ademá sufra la pena de diez años de presidio con retención: que la María Soledad Mancera, su inuier, en consideración á su sexo y á la culpa que resulta contra ella en la conservación del retrato del mismo Riego, y á la irreligiosidad que usó con una estampa de la Virgen Nuestra Señora, sufra asimismo la de diez años de galera.....» ¿Qué falta hacía la inquisición religiosa donde la inquisición política se encargaba de resucitar los autos de fe, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sambenitos?

Ocurrían por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no mas prósperos, aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban á cabo su emancipación de la metrópoli, y España perdía un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: esta para volver un día á recobrarla; aquel para no volver á poseerle.

Aun no contentaba el despotismo reaccionario que siguió á la restauración del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba á Fernando el crimen de no haber restablecido la Inquisición; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organización de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistía que el monarca se vió obligado á dar á los liberales. Comenzó, pues, el partido ultra-absolutista á conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y á las claras despues. Á su vez los emigrados liberales, con mas patriotismo que elementos, y con mas ardor que prudencia, se lanzaban á tentativas temerarias y á arrojadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producian otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer mas osado y frenético al partido realista exagerado.

Con mas elementos contaba este cuando promovió la insurrección de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigía el *Angel exterminador*, advocación la mas adecuada al sistema de exterminio que constituía la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real orden contra la insurrección con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fe. Invocabábase ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisición y Carlos. En aquel tribunal y en este príncipe veían ellos la encarnación viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelión concertó á los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los jefes de los insurrectos, despues de admitidos á besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisición subcumbían inquisitorialmente. Solo se sabia el número de víctimas por el número de cañonazos y por las veces que se veía ondear un pendon negro sobre el torreón de una ciudadela.

Lo demás lo sabia el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistían de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las crestas del Pirineo volvieron á enrojarse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fué el mas compadecido de los mártires, porque fué el mas impiamente engañado. Poco menos lo fué Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la revolución de julio le llevaran á un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Así procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo, sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una imposibilidad igualmente fria. En el hecho de atentar contra su poder dábale lo mismo que vistieran el gorro frigio ó el bonete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessieres, Busols, Ballester y el *Padre Puñal*. Propia conducta de quien tenia en el ministerio á Zea y Calomarde para que mutuamente se espíaran, de quien oponía á los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, ó moderados ó tolerantes con los reformadores, que encargaba á Ugarte y Larrazabal que los vigilaran á todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente á unos y á otros, se escudaba con todos y no obedecía á ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razon humana tenia que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso así por una serie de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condicion de un pueblo.

La obra de la regeneración española que los hombres habían por tantos años contrariado y detenido, encomendóse á la belleza de una mujer y á la inocencia de una niña. El monarca á quien no habían conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y á quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habían ablandado, no pudo resistir á los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino á reanimar su existencia achacosa, y á halagar con la esperanza de la paternidad á quien en los dias de su robustez y juventud no había podido lograr fruto de sucesión de otras tres princesas con quienes sucesivamente había compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver pronto colocada la corona de Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesión directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la jóven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecía síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo á Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dió fuerza y sanción de ley á la pragmática sanción de Carlos IV, que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las Córtes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V relativo á la sucesión de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa á poco mas de un año, acabó de aumentar el desconcierto y la desesperación del partido que ya se denominaba carlista, y que á pesar de todo ni reconocía el derecho ni cejaba en sus designios. Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacia desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolución que apeteçian.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban á resolver los destinos futuros de una gran nacion. Iba á decidirse la lucha entre el progreso de la razon humana y el retroceso de las ideas, entre la civilización y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpación, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérmense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacia Fernando, intrigas y amaños semejantes á los que rodearon

el lecho mortuorio de Carlos II. Desigual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible á un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados á los manejos, ayudados de un extranjero audaz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las viglias, madre afligida y tierna, traspasado su corazón con el doble dardo de un esposo que va á fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas de orfandad. Aquellos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidando á la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban á revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila: la reina no queriendo acibarar los últimos momentos de su esposo... ¿qué habían de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caracteres casi ilegibles que significan su asentimiento... El triunfo del bando carlista parece haber dejado de existir, y Carlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palacios.

Pero la Providencia da un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecia terminado. El rey vivía... el que tantas veces había burlado á los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aun da lugar á que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo á realentar los abatidos espíritus de los régios esposos. A la aparición de este personaje, que parece revestido de un poder mágico é irresistible, tiemblan los mas atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una mujer. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscriptos, y con otra rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenían cerrados los templos del saber.

Fernando, recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarlo otra vez, y ratifica el acta de 1830. La reina Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las Córtes de la nacion. Carlos protesta. Muere Fernando VII en 1833..... Isabel es aclamada y reconocida por reina legítima de España. Comienza aquí una nueva era para la nacion.

XVIII

Quando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derumbado el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervencion de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de acción desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo había ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. El fué sin duda el que, cuando la existencia del monarca parecia mas marchita, le dotó de una sucesión que le había negado en los dias de su mayor virilidad. El quien permitió que el que tantas veces se había retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractara una vez en favor de ellos *in articulo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábanse de un lado todos los elementos de fuerza, del otro solo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y

dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millon de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patibulos, no muy numerosos entonces de suyo, y diseminado por extraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar el poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso y robusto, que parecía desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave soplo de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando, declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Carlos contra los derechos de la hija del monarca, y estalló la guerra civil. La de 1833 venía á ser una continuación de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habian dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras como flacas mujeres, fueron á engrosar las filas de la rebelion. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran solo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfaran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse á su vez los liberales en torno á la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podian negársele. Necesitábanse mutuamente, y hablaban en favor de esta union la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y jóven la otra. Era además la causa de las luces, de la civilizacion y de la libertad. Los enemigos de ellas habian abierto el combate, y la lucha fué aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 habia ido sobreviviendo á las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situacion el sistema de inmovilidad y de *stato quo* que intentó plantear un ministro poco conocedor de la ley natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un Manifiesto célebre tranquilizar á los dos partidos, y descontentó y desazonó á todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre mas bello que exacto; pero aun así se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el Estatuto Real, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepcion indefinible entre la ficcion y la realidad, y que pareció un parto raquítico á los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los ánimos se encontraban. Proponiéndose su autor huir de las reminiscencias de la Constitucion francesa de 1791, que se advertian en el código de Cádiz, cayó en el extremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauracion, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó á impulsos de una revolucion movida por los mas fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitucion de 1812.

Brusca y desacatada fué la manera cómo se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellas dias de agitacion se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió á la revision y modificacion de aquel código político en cumplimiento de una condicion impuesta. Desempeñaron esta delicada mision las Cortes constituyentes con mas aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitucion de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habian de agruparse las diferentes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignábase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecia al mismo tiempo el poder de la corona. Fué entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumia, ni sospechaba siquiera que hubiera de alcanzar tan solo ocho años de vida, al cabo de los cuales habia de elaborarse otra Constitucion que reemplazara aquella, variando

unos y conservando otros de sus principios fundamentales. La guerra civil habia ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolucion política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelion carlista con no menos rapidez consumia los recursos del Estado y gastaba los generales de mas reputacion y prestigio. Un militar de inteligencia y de genio, que por un desabrimiento personal habia pasado de las filas de la reina á las del príncipe pretendiente, habia organizado y reducido á pié de ejército las que en un principio habian sido masas irregulares y bandas indisciplinadas. La muerte de este genio extraordinario fué una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en mas de una ocasion obtuvieron ventajas sobre gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solia marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de campaña.

El tratado de la cuádruple alianza fué mas aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que mas le convenia las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente á todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares á sueldo de España. Cuando se invocó su intervencion, no se creyeron obligadas á tanto, y se recibió un desaire. Se pedia socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbrió á muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vió la lucha llevada á feliz remate sin extrañas intervenciones. Cargos de deslealtad ó por lo menos de doblez, hacia á algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué punto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado Elliot una guerra que habia comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza, prevaleciendo de la turbacion de los tiempos, se abandonaban á actos de bárbara fiera al abrigo de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sacrificios horrosos, y parecemos resonar aun en nuestros oidos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonra de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas á su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilizacion condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute ó ordene. Y si algo puede, á fuer de españoles, ya que no consolarnos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideracion de que en el corto período de convulsion política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto á las naciones mas civilizadas ser teatro de mas execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habian de abundar mas los desmanes y excesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas, si bien militaban muchos hombres probos á fuer de generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la mas justa, se alistaba además y se recogia, como en un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que ó mal hallada con la sujecion inherente al ejercicio de un arte mecánico ó de una profesion lentamente lucrativa, ó temerosa de los fallos de los tribunales, ó viciada con la vagancia, ó desesperada por la miseria, buscaba rápidos remedios á favor del desorden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata á los hijos de nuestro suelo), y se arrojaba á una causa á cuya sombra tan fácil era cometer á mansalva despojos á que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos mal sonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba tambien á veces ocasion al descontento y alas á la

insurreccion, ya la falta de un buen orden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas ó impremeditadas ó incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificacion otras. A veces una insubordinacion militar inutilizaba ó contrariaba una providencia saludable de gobierno; á veces, por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, ó por lo menos suministraba pretexto al levantamiento de una ó mas ciudades, y se distraía la fuerza pública destinada á las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevacion desguarneciendo una línea de defensa. A veces mientras un general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se ponía á la cabeza de un motin; ó mientras los milicianos nacionales defendian heroicamente sus hogares y sus vidas y daban ejemplos sublimes de bizarría y resolucion en las poblaciones y en los campos, los jefes de los ejércitos se entretenian en promover un cambio de gabinete, ó empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales y fútiles altercados.

Alentaban igualmente á los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron á dividir á los hombres de la comunión liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política ó en los medios de realizar las reformas, concluian por hostilizarse con encono, y parecía emplearse mas en destruirse á sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo comun. Época de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentacion.

Por fortuna para los liberales, bullian iguales ó parecidas discordias en el campo y en la corte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Norte, núcleo y foco principal de la rebelion, si bien habia alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberlas servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender á los gastos y á la proteccion de una corte ambulante y nómada, habia llevado tras sí un mamantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo además para poner en evidencia su nulidad á los ojos de los mas ilustrados de los suyos. Veian estos de mal ojo á su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo mas cortado para monje que para monarca. Así se fueron formando en aquella pequeña corte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, despues con ojeriza, y que trabajaban mutuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. A la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas templados y menos fanáticos, los que hasta cierto punto transigian con las nuevas ideas, los mas propensos á la tolerancia.

A pesar de todo, la Insurreccion llegó á tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma á la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en mas de una ocasion concibieron serios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilizacion que milagrosamente se habia salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada á sucumbir en los campos de batalla. Las ideas habian derramado ya demasiada luz para que la ilustracion pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Vióse declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse mas los gérmenes de division que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta corte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duracion, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenian motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de jefes con tendencia á la paz y con disposiciones á aceptar una transac-

cion. Penetraban estas ideas en las masas y cundian en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en jefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escision estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible, acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en jefe de los ejércitos constitucionales. Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro; celébranse pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevistas: se ajusta el convenio; y el patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran solo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habian combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba á una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le habia sido encarnizadamente disputado, y decidia el triunfo de la civilizacion y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

A poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, á devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fué la pertinacia con que los mas tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El mas feroz de sus caudillos vióse igualmente forzado á buscar su salvacion con el resto de sus terribles bandas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Ni han sido mas felices las tentativas posteriormente ensayadas por algunos genios incorregibles para resucitar la causa que habia muerto en los campos de Vergara.

Terminada la guerra civil, avivóse mas la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneracion parece que el espíritu humano no acierta á vivir en el reposo, y busca, si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobreexcitacion de su vitalidad.

Una cuestion de la ley municipal llevó la desavenencia del campo tranquilo de la discusion al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se pronunció en favor de los hombres de mas avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazón tenian el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquellos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la regencia antes que ceder á la general sublevacion, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino.

Las Cortes encomendaron la regencia vacante al afortunado general que habia tenido la suerte de terminar la guerra civil, y á quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las augustas huérfanas á un ilustre veterano de la libertad.

Léjos estuvo de ser tranquila la regencia del duque de la Victoria. Una conjuracion militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fué vencida, y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza habia sido el terror de las huestes carlistas. La revolucion devora sus propios hijos. Dos años mas adelante se formó contra el gobierno del regente una coalicion en que entraron hombres de diferentes y aun opuestos partidos, de buena fe unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fuéseles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes habia abandonado á la Gobernadora Cristina, y Espartero á su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los

sacudimientos políticos no perdonan ni á los hombres eminentes salidos del pueblo ni á los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalicion, menor de edad la reina, la regencia de nuevo vacante; y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las Córtes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría de la reina, remedio muchas veces ya usado por la nacion, para obviar conflictos en los casos de memoridades turbulentas.

Aunque el ministerio aclamado por la coalicion antes y despues del triunfo habia salido de las filas de los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas, pasó el poder á manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fué la reforma del código de 1837, ó mas bien la nueva Constitucion de 1845. Resolvióse tambien el importantísimo punto del matrimonio de S. M., realizándose en un dia la doble boda de la reina doña Isabel II y de la princesa su augusta hermana, no sin protesta y disgusto del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raiz de algunas malas inteligencias que despues entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

Ha sido el alma de la situacion creada en 1843, con breves intervalos, el general Narvaez, duque de Valencia, hombre de nervio y de accion, y uno de los que contribuyeron mas al triunfo del movimiento coalicionista de aquel año. Deben en gran parte los que desde entonces han regido los destinos de España á su actividad y su fortuna el haber sofocado ó vencido los sacudimientos y perturbaciones de diversas índoles y tendencias que desde aquella época han acontecido en varios períodos y puntos de la Península, no sin que haya vuelto á correr sangre española en los campos, en las calles y en los patíbulos: deplorable fatalidad de las revueltas y agitaciones políticas.

XIX

Hemos apuntado con cuanta rapidez nos ha sido posible los hechos principales que han ido trayendo la España á la situacion en que hoy se encuentra, cuidando de citar en lo perteneciente á las últimas épocas tan solamente aquellos sucesos consumados que ningun partido político puede negar, que nadie puede borrar ya de las tablas de los fastos españoles. En el tiempo en que estos sucesos se verificaban, nosotros, cumpliendo con un deber que á fuer de españoles amantes de nuestra patria nos habíamos impuesto, emitíamos diariamente nuestro juicio y los calificábamos segun nuestro leal y humilde saber en escritos de bien diversa índole que el presente. Por espacio de mas de diez años levantamos nuestra débil voz en defensa y vindicacion de la ley, de la moralidad y de la justicia, no siempre acaso sin fruto, siempre animados de la mejor fe, jamás faltando á nuestra conciencia, aun en aquello en que tal vez pudiéramos como hombres equivocarnos mas.

Hoy como historiadores tenemos deberes muy distintos que cumplir. Actos y sucesos que entraban bien en el dominio del periódico no pueden entrar todavía en el de la historia, si ha de presidir á esta la crítica desapasionada y la mas estricta imparcialidad. Las consecuencias y resultados de los grandes acontecimientos políticos tardan en desarrollarse y en dar sus frutos saludables ó nocivos, y no son las primeras impresiones las que deben servir de norma al fallo severo del historiador. ¡Cuántos acaecimientos de la historia antigua debieron parecer calamidades á los que entonces los presenciaban, y solo mas tarde se vió que no habian sido sino en provecho de la humanidad!

Hay verdades y principios que tenemos por fundamentales y eternos. Pero las modificaciones de las formas no pueden ser históricamente juzgadas sin riesgo de equivocarse en su apreciacion, hasta que sufren la prueba decisiva del tiempo. Por eso, así como ni debemos ni podemos juzgar del espíritu de un siglo ó de una época remota por las ideas que dominan en el presente, seria igualmente aventurado calificar lo de hoy como lo mas conveniente para mañana, cuando el tiempo y las combinaciones políticas han hecho tantas veces fallidos los cálculos humanos.

Por eso en nuestra obra, donde tenemos que ser mas extensos

y mas explícitos como narradores y como analizadores, llegaremos hasta donde prudentemente creamos que puede extenderse la jurisdiccion, el deber y la libertad del historiador, sin que consideraciones humanas, ni antojos propios, ni halagos ajenos, ni tentaciones de ningun linaje nos muevan á traspasar ni una línea los límites que nos habremos de prescribir.

Podemos, sí, anticipar sin inconveniente que en éste último período de regeneracion política, único que nos ha cogido en edad de poder aplicar nuestro humilde criterio á los hechos que hemos presenciado, hemos visto sucederse alternativamente en el poder hombres eminentes é ilustres, y tambien hombres oscuros de todos los partidos. Todos en nuestro entender, á vueltas de algunas reformas útiles y de algunas providencias beneficiosas, han cometido errores mas ó menos excusables, que han hecho mas laboriosa y mas imperfecta la obra de la regeneracion. Nos contentáramos con que hubiesen sido solo errores de entendimiento. Hemos visto nacer ambiciones, desarrollarse pasiones bastardas; hemos presenciado faltas de justicia, inobservancias é infracciones de ley. Gobernantes, legisladores, pueblos, clases, individuos, ¿quién podrá decir que no tiene algo de qué acusarse? No nos toca fallar quiénes hayan pecado mas. Deploramos los males, pero no nos han sorprendido. Habíamos leído ya bastante en la historia de la humanidad, sabíamos demasiado lo que en todos los pueblos y en todas las edades ha acontecido en períodos de agitacion y de turbulencias políticas, para que pretendiéramos que los hombres de nuestra época, que nosotros mismos pudiéramos tener el privilegio de obrar ni pensar libres y exentos de las pasiones que en circunstancias análogas se desenvuelven siempre y son el patrimonio triste de la humanidad.

Estamos, por lo tanto, muy léjos de halagarnos con la idea lisonjera de que la sociedad y la época en que vivimos hayan alcanzado una condicion tan ventajosa como la que nuestro natural deseo nos hace apetecer. Muchos y graves males tenemos que lamentar todavía. Lentos y penosos son los mejoramientos sociales, porque es larga tambien la vida de los pueblos. Mucho le falta todavía á la gran familia humana para llegar á ese posible perfeccionamiento á que debe tenerla destinada el que la dirige y guia; mucho tambien á España, como parte de ese todo social. Pero alientenos la confianza de que mejorará su condicion. Cabalmente vivimos en un siglo en que la razon ha hecho grandes conquistas, y la razon humana no retrocede. Sufrirá combates y oscilaciones, contradicciones y vicisitudes: este es su destino tambien. Si creemos que no hemos adelantado, volvamos la vista atrás, hojeémos la historia, meditemos las grandes catástrofes por que ha pasado la humanidad, y nos consolaremos.

Natural es que nos afecte mucho mas la impresion de los males que vemos, que palpamos y que sentimos, que los recuerdos de otros mayores que les tocó sufrir á las generaciones que nos precedieron. Nos asusta el mas ligero temblor de la casa en que nos albergamos, y leemos sin perturbacion y sin susto los estragos de los terremotos en lejanas edades, y las devastaciones de apartados pueblos. Nos estremeceríamos cón que retemblara ligeramente el pavimento de nuestro gabinete, y si pisáramos la tierra que cubre las ruinas de Pompeya, recordaríamos con una emocion melancólica cómo fué sumida una gran ciudad, pero no nos perturbaria el recuerdo.

Miremos, pues, á lo pasado para no afigirnos tanto por lo presente, y por la contemplacion de lo pasado y de lo presente aprendamos á esperar en lo futuro, sin dejar por eso de aplicar nuestros esfuerzos individuales para mejorar lo que existe. Ni juzguemos tampoco por un breve período de cortos años de la fisonomía social y de la índole de una época ó de un siglo.

A los que demasiado impresionados por los males presentes juzguen que la razon no ha hecho adquisiciones en este mismo siglo, les contestaremos solamente, que siendo nosotros profundamente religiosos, siendo tambien tolerantes en política, por conviccion, por temperamento y por moralidad, estando basada nuestra obra sobre los principios eternos de religion, de moral y de justicia, hace veinte años no hubiéramos podido publicar esta historia.